

BIBLIOTECA  
**TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA**



EL  
**JARDÍN DE LA OCA**

erein

# EL JARDÍN DE LA OCA

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*La edición de este libro ha sido subvencionada por el Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco.*

1.ª edición: noviembre 2019

Diseño de la colección y portada: Aritz Albaizar  
Maquetación: Erein

© Toti Martínez de Lezea

© EREIN. Donostia 2019

ISBN: 978-84-9109-525-5

D.L.: SS-1107/2019

EREIN Argitaletxea  
Tolosa Etorbidea 107  
20018 Donostia  
T 943 218 300

e-mail: [erein@erein.eus](mailto:erein@erein.eus)

[www.erein.eus](http://www.erein.eus)    

Imprime: Gertu inprimategia  
Zubillaga industrialdea, 9  
20560 Oñati, Gipuzkoa  
T 943 783 309

e-mail: [gertu@gertu.net](mailto:gertu@gertu.net)

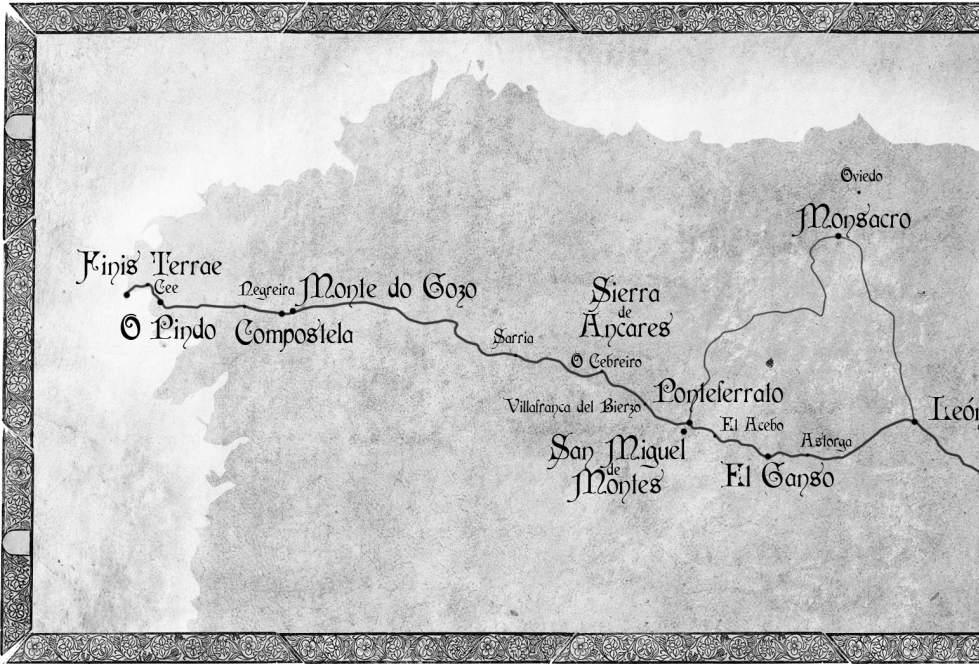
[www.gertu.net](http://www.gertu.net)

BIBLIOTECA  
**TOTI MARTÍNEZ DE LEZEA**

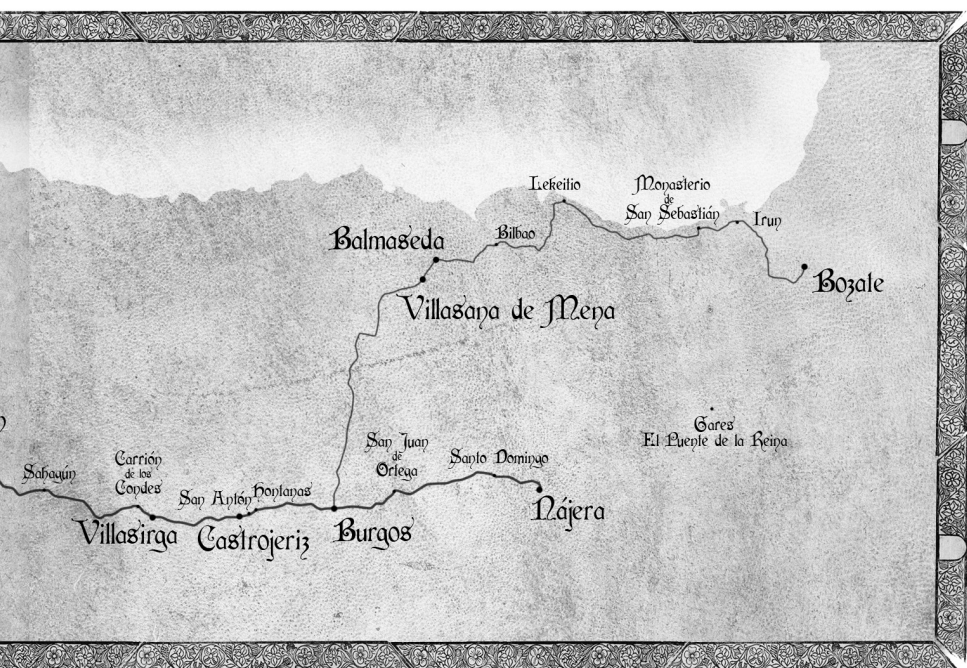
# **EL JARDÍN DE LA OCA**

*Si quieres captar la realidad,  
sepárate de lo falso, y tu corazón será real;  
pues si de corazón no te separas de lo falso,  
¿dónde está lo real de la irrealidad?*

HUI NENG (638-713)



## *Las etapas del “jardín de la oca”*



## *Principales personajes de la novela*

- **Robert Lepetit**, de París, apodado “el Bugre”, inquisidor dominico expulsado de la Orden y excomulgado.
- **Eder Bozat**, de Bozate, barrio de Arizkun, Navarra, agote, artesano de la madera y de la piedra.
- **Don Ezequiel Falaquera**, de Nájera, La Rioja, médico judío.
- **Hadi al-Suri**, de Burgos, herbolario musulmán.
- **Bertrand de Garlande**, de Champagne, Francia, comendador de la encomienda templaría de Ponferrada.
- **Ugo Ermengol**, de Tortosa, Tarragona, peregrino de profesión.
- **Alzaís Gauti**, de Languedoc, cántara huida y asentada en Bozate con sus padres.
- **Ferrán**, de Burgos, criado de Lepetit.
- **Dominga**, de León, cocinera de Lepetit.
- **Maestro Enrique**, de Champagne, Francia, constructor de las catedrales de Burgos y de León.
- **Maddi**, hija de Eder y de Alix Bisol.

### NOMBRES DE LUGARES

#### CON OTRA DENOMINACIÓN ACTUAL:

- **Gares**: Puente la Reina (Navarra).
- **Villasirga**: Villafranca de Sirga (Palencia).
- **Ponteferrato**: Ponferrada (León).
- **Codillero**: Cudillero (Asturias).
- **Crunia**: A Coruña (Galicia).

## *Bozate, Valle de Baztan, año 1250*

**L**a noche comenzaba a adueñarse del día, y la luna, *Ilargia*, la luz de los muertos brillaba pálida y distante cuando Eder Bozatz llegó al alto de Izpegi. Subió por el escarpado camino de cabras que llevaba a la cima y buscó entre las sombras el círculo de piedras que custodiaba las cenizas de su madre y de su tía. Ellas, descendientes de las mujeres sabias que habían conducido a los suyos durante generaciones, sabrían aconsejarlo y le darían la fuerza necesaria. Se arrodilló junto a los túmulos, apoyó las palmas de sus manos sobre la tierra húmeda y cerró los ojos. Por su mente pasaron imágenes de templos oscuros iluminados con cirios, donde los “otros” llevaban a cabo sus ceremonias y plegarias. El pueblo del bosque no tenía iglesias, ni ritos, ni oraciones, le bastaba subir a la montaña y contemplar a la Diosa en todo su esplendor. Era la tierra que pisaba, los árboles que lo cobijaban, las flores y las plantas; era el águila, el jabalí, la liebre, la abeja; era el viento, la lluvia, el día y la noche. *Amari* era la vida y ellos eran parte de la vida. Según la tía Elaia, los “otros” también habían creído en ella tiempo atrás, pero la habían olvidado y por ese motivo la envidia anidaba en sus corazones; despreciaban al pueblo del bosque y no le permitían vivir en paz. También se despreciaban entre ellos y mataban en nombre de sus dioses. El viento arreció en aquel momento y ululó con fuerza. Sintió un escalofrío. Pese al tiempo transcurrido, no había olvidado la visión de hombres y mujeres, ancianos y jóvenes, abrasados por las llamas en una colosal hoguera. Era un niño entonces, pero todavía recordaba las palabras del soldado

que, impasible, veía morir decenas de seres humanos de forma cruel.

—Son herejes, cátaros, discípulos del diablo y enemigos de la Santa Madre Iglesia. Sus cuerpos arden al igual que arderán sus almas para toda la eternidad.

¿Por qué le venía a la mente el horrible recuerdo? Había ocurrido muchos inviernos atrás en un lugar lejano. Clavó las uñas en la tierra e intentó evocar el rostro de la madre, pero era la joven cátara, a quien él había salvado la vida siendo niña, la que aparecía tan real que casi podía tocarla.

—Nunca engañes a otros, ni te engañes a ti mismo, Eder —le decía a menudo la tía Elaia—. *Amari* castiga a quienes niegan poseer algo y les priva de su posesión y disfrute.

De nuevo silbó el viento, y de nuevo sintió un escalofrío que le recorría el cuerpo. Él se había negado el amor y la Diosa le privaría ahora de la felicidad. Rechazó la idea. No se había negado el amor; simplemente, no lo había visto. Había emprendido el viaje con el ánimo alegre, pero de pronto tuvo miedo. ¿Qué le diría? ¿Cómo explicaría su huida, sin una justificación, sin una palabra de adiós? ¿Cómo le confesaría el tormento sufrido a lo largo de cien días con sus cien noches? Le diría que su razonamiento se había visto ofuscado por una pasión enloquecida; que no había sabido discernir la obsesión que lo mantenía esclavo de otra mujer y de su recuerdo; que era ella a quien amaba y con quien deseaba vivir el resto de su vida. O también podría simplemente pedir perdón; se hincaría de rodillas y no se levantaría hasta que ella lo hubiera perdonado por no haber sabido comprender que solo ama quien da. Después, la cogería en sus brazos y besaría sus labios; yacerían juntos y se amarían como si acabaran de descubrirse. Sintió la necesidad de echar a correr y no parar hasta llegar a Bozate. La aurora envuelta en una luz rosácea se adueñaba de todos los rincones del

valle, y el corazón le dio un vuelco al apereibir las humildes viviendas que se alzaban al abrigo del Gorramendi. Así con fuerza el morral que colgaba de su hombro y escondía la prueba de su amor. No harían falta las palabras; ella lo entendería, seguro que lo entendería. Las puertas de las casas de Bozate no tenían cerraduras ni trancas; no había nada de valor dentro de ellas, y sus moradores dormían confiados, sin temor a los ladrones. Procuró, no obstante, no hacer ruido. Se quitó las abarcas y ascendió con suavidad por la estrecha escalera, cuyos escalones lo acercaban paso a paso a la dicha, atravesó el reducido espacio ocupado por el hogar y entró sigilosamente en el cuarto. Se detuvo anonadado. El lecho no tenía lienzos ni mantas, solo el colchón de hierba seca. Abrió el arcón de las ropas en un intento por rechazar la evidencia, y lo encontró vacío. Ella se había ido.

## *El judío de Nájera, año 1252*

**A** primera hora de la mañana, nada más abrirse el portón del llamado “castillo de los judíos” de Nájera, don Ezequiel Falaguera salió por él y penetró en la zona cristiana dirigiéndose al monasterio de Santa María la Real. En su camino, se detuvo en la tahona y adquirió un panecillo recién horneado, saludó a una mujer que barría la entrada de su casa e intercambió unas palabras con el escribano, que se dirigía en dirección contraria. El médico judío era un personaje respetado, tanto por sus correligionarios como por los cristianos y musulmanes que habitaban la villa a orillas del río Najerilla. Todos lo necesitaban por igual, y él no hacía distinciones entre unos y otros. Con sus casi setenta años de edad presentaba un aspecto envidiable y parecía bastante más joven, tal vez debido a que en su rostro no había apenas arrugas y tampoco se le veían demasiadas canas. De estatura mediana, peso justo, cabellos cortos y barba arreglada, vestía con la simplicidad de un artesano acomodado renegando de cualquier tipo de adorno o joya, como cadenas o anillos, cosa que no dejaba de sorprender a sus vecinos, quienes lo sabían uno de los hombres más ricos de la población. Una mirada más atenta reconocía, sin embargo, la buena calidad del paño y mejor hechura de su vestimenta y, aunque los hombres religiosos judíos recomendaban a sus correligionarios el uso de colores naturales, sin teñir, don Ezequiel vestía invariablemente tonos ocres y marrones y solo se cubría la cabeza con una sencilla cofia con orejeras durante los días más fríos del invierno en los que también se abrigaba con un manto. Al llegar al monasterio,

llamó a la puerta de la casa de los monjes. A la espera de que le abrieran, vio acercarse a un grupo de peregrinos y los saludó con una inclinación de cabeza, al tiempo que recordaba que había prometido al hospitalero de “La Abadía” pasarse por el hospital antes del mediodía, para atender a un par de caminantes llegados la víspera con los pies destrozados y “algo más”, según lo había informado el hombre con gesto resignado. Los recién llegados no presentaban mal aspecto, pero estaba claro que necesitaban comer caliente por la forma cómo se arrebujaban en sus capas. No pudo evitar pensar en la larga andadura y en los peligros que les aguardaban hasta llegar a Sant Yago de Compostela: caminos desiertos, ladrones, lluvia, ríos que vadear y, total, ¿para qué? Interrumpió sus cavilaciones al abrirse la puerta y penetrar en el edificio. Sin una palabra, el monje benedictino lo acompañó al despacho del abad.

—Os he llamado, don Ezequiel, porque hace un par de días nos llegó, enviado por los hospitalarios del monasterio de San Juan de Navarrete, un religioso francés en bastante mal estado —le informó—. Tiene graves quemaduras en las manos y no puede mover los dedos. Quizás vos, con vuestros conocimientos, podáis hacer algo por él.

—Mal arreglo tienen las quemaduras...

—Lo sé, pero nada se pierde con intentarlo. Se hallaba en Doreaga, en la granja templaria, cuando el incendio. No sé si habéis oído hablar del asunto...

El médico asintió con un gesto de cabeza. Todo el mundo en la región conocía el hecho luctuoso, ocurrido en las vecinas tierras navarras meses atrás, que había provocado la muerte a varias personas, heridas a muchas otras y la destrucción de la casa de los templarios. Las fuentes de información, sin embargo, no acaban de ponerse de acuerdo en cuanto al motivo del incendio. Había quien señalaba a los infanzones, que andaban

revueltos y mantenían pleitos con el rey Teobaldo a quien los templarios eran leales. Otros aseguraban que el incendio se había debido a un descuido del cocinero de la granja, que habría olvidado la olla encima del fuego, pero también se decía que había sido obra de un loco despechado por no haber sido acogido por los freires en su comunidad.

—Otra cosa... —añadió el abad—. Ese hombre no habla... quiero decir... acaso se deba a sus heridas y a la terrible experiencia sufrida, pero no es persona con quien sea fácil entablar conversación.

—No os preocupéis, señor abad. Estoy acostumbrado a tratar con toda clase de pacientes.

El monje en persona lo acompañó hasta la celda ocupada por el herido, golpeó suavemente con los nudillos en la puerta y la abrió, asomando la cabeza por ella.

—Nuestro físico está aquí —anunció, y, sin esperar respuesta, se hizo a un lado para permitirle la entrada, retirándose después.

El hombre miraba por un ventanuco que daba a la parte trasera del monasterio y tardó unos instantes en girarse y encararse al médico. El pequeño tamaño de la celda pareció reducirse todavía más cuando dio dos pasos hacia él, al tiempo que notaba una sensación extraña, la misma que al hallarse ante un cadáver. Paradojas de la vida, jamás en sus largos años de ejercicio había podido acostumbrarse a la visión de la muerte. No le importaba sajar, operar, curar bubas pestilentes, atender a un moribundo, pero, ya fallecido, evitaba pasar más tiempo del necesario en la misma habitación. Aquel sujeto le recordó historias de los gólem, seres sin alma, que los viejos de la judería contaban junto al fuego provocando en sus oyentes tanta curiosidad como temor. Le llevaba una cabeza de alto y estaba muy delgado; vestía de negro, pero no con el hábito de los benitos, sino con una especie de ropón al modo de los escolásticos, y en la

cabeza portaba una cofia con orejeras parecida a la suya, negra también, que le cubría los cabellos por completo haciendo resaltar la palidez de un rostro consumido, de ojos hundidos y nariz prominente.

—Me ha dicho el padre abad que habéis sufrido quemaduras en las manos —dijo, en vista de que el otro callaba y, de paso, para conjurar la primera impresión recibida.

En silencio, el herido se sentó en el catre y extendió las manos. El médico dejó su bolsa de medicinas sobre una mesita, poco más grande que una banqueta, y se dispuso a examinar las extremidades deformadas, cuya epidermis había sido destruida por obra del fuego. Notó una sensación desagradable al asirlas entre las suyas; eran blancas y frías, y los dedos, agarrotados, duros como la piedra. En efecto: aquellas eran las manos de un cadáver.

—¿Volveré a mover los dedos?

Tuvo que hacer un esfuerzo para no soltar las manos y salir de allí a toda prisa al escuchar la voz penetrante del individuo cuyo tono se asemejaba más a una amenaza que a una pregunta.

—Vuestras lesiones son graves —le informó mirándole directamente a los ojos—. Las quemaduras han dañado los huesos, los músculos y los tendones. Vuestros dedos no tienen sensibilidad y, siento decirlo, es del todo improbable que recuperéis la movilidad.

—Pude moverlos...

—Acaso solo en un primer momento, pero ahora ya no es posible. Podrías utilizar aceite de hipérico para regenerar la piel que...

El hombre retiró las manos y las ocultó bajo los pliegues del ropón, se puso en pie y volvió a dirigirse al ventanuco, dando por finalizada la consulta.

Don Ezequiel no tenía intención alguna de permanecer por más tiempo en compañía del tenebroso individuo y se apresuró

a recoger su bolsa. Al levantarla de la mesita, se dio cuenta de que la había depositado encima de un pergamino arrugado.

—¡Vaya! Hacía tiempo que no veía un “jardín de la oca”... —comentó en voz alta y se dispuso a salir de la celda.

—¡Espera!

Se giró. Los ojos hundidos y sin vida habían adquirido una súbita animación.

—¿Qué has dicho?

Le costó darse cuenta de a qué se refería y le molestó que el individuo lo tuteara. Muchos cristianos, incluidos algunos destripaterrones, tuteaban a los judíos sintiéndose superiores y él tenía por costumbre responder de la misma manera, pero, en este caso, optó por mantener el tratamiento. Para marcar la diferencia.

—Que hacía tiempo que no veía un “jardín de la oca”... —respondió, señalando al pergamino.

—¿Sabes de qué se trata?

—Sí, ya os lo he dicho, es un “jardín de la oca”.

—Pero... ¿sabes qué significa?

¿Eran alucinaciones tuyas, o tenía la impresión de que el extraño sujeto no le permitiría abandonar la habitación hasta escuchar su respuesta?

—Sé lo que muchos creen que es.

—¿Y?

—Algunas personas creen que es simplemente un juego de entretenimiento, pero nadie con cerebro perdería el tiempo jugando a algo tan trivial, existiendo el ajedrez o las damas.

—¿Y?

Le molestaba el tono imperativo que percibía en la voz del individuo, pero optó por continuar; cuanto antes acabara, mejor.

—Otras piensan que se trata de una réplica del Camino del Señor San Yago, debido al puente, la posada, la cárcel, el laberinto...

—dijo señalando las respectivas casillas—; que se trata de una experiencia iniciática para aquellos que no pueden acudir a Compostela.

—¿Iniciática?

—Sabréis, quizás, que la peregrinación hasta el Finisterre data de mucho antes de la llegada del cristianismo a estas tierras. —La mirada sorprendida de su interlocutor le confirmó que lo ignoraba, y se molestó en darle una explicación—: En tiempos paganos eran muchos los que recorrían el Camino en busca del final de la Tierra. La travesía era larga y peligrosa; no había hospitales, ni monasterios, tampoco pueblos como ahora, y el caminante se encontraba completamente solo, enfrentado a las bestias y a los paganos que vivían en las zonas montañosas, cercanas al mar. Eran tiempos antiguos en los que se creía en... bueno... las gentes creían...

—¿En qué? —lo apremió el hombre.

—En la Diosa.

—¿Qué Diosa?

—La Diosa Madre, la Naturaleza. Los autores clásicos dejaron escrito que la creencia primigenia de la humanidad fue una Diosa Madre, no un Dios Padre —aclaró—. Ahora puede sonar a herejía, pero tened en cuenta que aquellas eran otras épocas.

—¿Y tú? ¿Qué piensas?

—Personalmente, creo que se trata de un tablero de adivinación. Desde siempre, el ser humano ha deseado conocer el futuro, en especial su propio futuro, y ha creído en todo tipo de señales y de métodos para lograr su fin: huesos, runas, dados...

El hombre permaneció inmóvil, tan inmóvil que parecía haberse convertido en estatua, daba la impresión de que ni siquiera respiraba. El médico hizo amago de salir, pero lo detuvo la voz de ultratumba.

—¿En qué te basas?

Estaba harto de aquella conversación. Él no creía en adivinos ni en métodos adivinatorios; no porque lo prohibiera su religión, sino porque consideraba que todo era una farsa inventada por sinvergüenzas que se aprovechaban de la credulidad ajena para hacerse ricos y, de alguna manera, para influir o controlar a sus semejantes. Todos los días tenía que enfrentarse a cuestiones muy reales: huesos rotos, heridas, enfermedades de toda índole, infecciones, la muerte... No tenía tiempo para perder en tonterías. Era inútil, incluso estúpido, intentar conocer el futuro puesto que nadie podía cambiar su destino.

—En los números que aparecen en las casillas del tablero.  
—Una vez más el rostro del hombre mostró su ignorancia, y don Ezequiel aspiró profundamente antes de proseguir—. Según creen algunos, los números, del uno al nueve, tienen un significado.

—¿Cuál?

—No lo sé, señor. No dedico mi tiempo a juegos ni adivinaciones y ahora, con vuestro permiso, me retiro porque tengo obligaciones que cumplir.

El médico abrió la puerta y salió a corredor, pero una garra lo detuvo antes de que hubiera dado dos pasos.

—Vuelve mañana.

—¿Para qué?

—El aceite... para las manos —el tono del hombre intentaba ser amable, aunque continuaba siendo imperativo.

—Os lo enviaré...

—Ven tú en persona y averigua lo que puedas sobre ese asunto de los números.

—No acostumbro a recibir órdenes y no me agrada la forma en que me habláis.

El hombre clavó en él su mirada, y él se la sostuvo.

—Os ruego disculpéis mi torpeza —se excusó el otro, mostrándose más respetuoso—. Todavía no me he acostumbrado a ser un tullido y me cuesta relacionarme. Este documento, este “jardín de la oca” como lo llamáis, es muy antiguo y llegó a mí de manera casual. ¿No os interesaría como hombre de ciencia averiguar si es cierto o no lo que acabáis de relatarme?

—Ya os he dicho que no creo en adivinaciones.

—Yo tampoco, ciertamente. Es herejía, además, la creencia en las artes adivinatorias, como vos bien sabéis, pero juntos podríamos realizar algunos experimentos para comprobar su ineficacia y escribir un tratado a fin de argumentar contra ellas y contra los falsos profetas que pueblan la Tierra desde los tiempos bíblicos.

Don Ezequiel miró a su interlocutor, parecía transformado. El ser huraño y grosero que lo había recibido se había convertido en otro muy diferente. Su voz había sufrido un cambio significativo que incluso lo hacía atractivo como persona. Estaba claro de que se trataba de un hombre culto, que sabía expresarse. La cuestión de las adivinaciones continuaba siéndole indiferente, pero le atraía la idea de investigar sobre ellas y demostrar su falsedad. Se sentía muy solo desde la muerte de su querida Deborah, y sus hijos ya no estaban a su lado para acompañarlo durante las veladas, que se le hacían largas, pues el sueño tardaba en llegar. Dedicaba su tiempo al estudio y a la lectura, pero la soledad pesaba cada día más, y podría resultar interesante salir de la monotonía de una vida cuyo fin no tardaría en llegar. Redactar un tratado contra nigromantes, adivinos, agoreros y demás ralea lo mantendría ocupado y quizás recuperara la curiosidad por descubrir la diferencia entre lo real y lo fabulado que antaño tanto lo había interesado.

—De acuerdo —dijo al cabo de un rato—. Volveré mañana con el aceite y veré si antes puedo informarme sobre ese asunto de los números.

Ambos se despidieron con un leve gesto de cabeza, y el médico apresuró el paso al recordar que el hospitalero de “La Abadía” lo esperaba. El hombre lo vio marchar y, después, regresó a su posición delante de la ventana.

Tal y como había prometido, don Ezequiel regresó al día siguiente llevando un pote de cerámica que contenía aceite de oliva en el que había macerado durante un par de meses un buen manojo de hojas de San Juan. Dudaba que fuera de alguna utilidad, porque la piel del herido se veía muy dañada. Si se hubiera actuado con rapidez, si los miembros quemados hubieran permanecido durante horas en agua fría... y, aun así. Le llamaba la atención que el individuo únicamente hubiese sufrido quemaduras en las manos, y no se advirtieran lesiones en su rostro. Significaba que solo ellas habían estado expuestas al fuego, aunque puede que tuviera otras marcas en el cuerpo. De todos modos, preguntó al hospitalero sobre el extraño suceso ocurrido en la granja templaria.

—Corren rumores —le dijo el monje— de que el incendio se debió a un loco que lanzó alcancías repletas de brea ardiente al interior de la capilla en el momento en que se consagraba una hermosa imagen de la Virgen María, tallada en madera y policromada. Según un peregrino, que se encontraba allí al ocurrir el hecho, la imagen era de una belleza como nunca antes había visto, y el incendiario se había enamorado de ella, pero ya se sabe que la gente tiende a exagerar y convierte en mitos las historias más simples. ¿Dónde se ha visto que un hombre se enamore de una imagen de madera?

—¿Qué fue del loco?

—Dicen que murió, y que su cuerpo fue consumido por las llamas, justo destino para un sacrílego.

¿Y si el extraño personaje que acaba de dejar fuera el mismo que prendiera fuego a la capilla templaria? La brea era una

materia pegajosa, difícil de limpiar y más todavía si ardía. Tal vez se le hubiera roto una de las alcancías tras prenderle fuego, lo que explicaría las quemaduras de sus manos. Cuanto más pensaba en el asunto, más lógico encontraba que el hombre acogido en el monasterio fuera el propio incendiario, y ello aumentaba su curiosidad, en especial si resultaba ser cierto aquello del enamoramiento de una imagen. En su profesión, había tratado con personas enajenadas que aseguraban haber visto a Miriam, la madre de Yeshua, y había habido una mujer que creía ser ella en persona. Le había costado muchos esfuerzos convencer a sus vecinos de que se trataba de una pobre enferma y evitar que la quemaran viva por bruja y hereje. La encontraron días después flotando en las aguas del Najerilla, y nunca se supo si se trató de un accidente o si alguien se encargó de ahogarla. La mente le fascinaba y hubiera deseado consagrarse a su estudio, pero sus conocimientos no estaban, desgraciadamente, a la altura de los de su compañero en la escuela de Toledo, Abraham el Alfaquín, quien, además de ser un médico excelente, conocía varias lenguas y había traducido al latín tratados árabes de medicina. Una obra del griego Hipócrates sobre la llamada “enfermedad nerviosa” y el *Policratus* de Juan de Salisbury eran todo su haber en la materia. Había leído tantas veces aquellos libros, copias adquiridas a precio de oro durante su estancia en la ciudad castellana, que se los sabía de memoria. Si el hombre acogido en el monasterio benedictino era un demente, acaso tendría oportunidad de estudiarlo con detenimiento y extraer sus propias conclusiones, aunque para ello tuviera que seguirle la corriente en el asunto del “jardín de la oca”. Nada más abandonar el monasterio ya había decidido no volver a verlo y enviar el aceite con Hayyim, el mozuelo que le servía de recadero, pero las palabras del hospitalero le hicieron cambiar de intención.

–¿Cómo os encontráis hoy? –preguntó con su cortesía habitual al entrar en la celda, intentado no mostrar el desasosiego que le producía la mirada de ave rapaz de su paciente.

–No mejor que ayer ni que mañana –respondió el hombre sin acritud–, pero seguiré vuestros consejos si tenéis a bien dárme los.

–Os he traído el aceite que os prometí. Dudo que pueda mejorar la inmovilidad de vuestros dedos, pero intentad utilizarlo todos los días. Los masajes suavizarán vuestra piel herida y aliviarán la tirantez que ahora sentís. Si me lo permitís, yo mismo os daré las primeras friegas.

El hombre asintió y ambos permanecieron en silencio durante un rato, mientras don Ezequiel esparcía un poco de aceite sobre el dorso y la palma de la mano izquierda y se concentraba en el masaje.

–¿Habéis averiguado algo sobre lo que hablamos ayer? –preguntó por fin el paciente sin poder retener su interés por más tiempo.

–En efecto, lo he hecho.

El médico alzó la vista sorprendido. Hubiese jurado por lo más sagrado que había sentido tensarse los dedos que sostenía entre sus manos, y eso no era posible.

–¿Y bien?

El hombre mostraba una medio sonrisa, limitada únicamente a la boca. Su mirada continuaba siendo la de una rapaz al acecho de su víctima.

–Le he preguntado a un antiguo maestro de la Yéshiva, nuestra escuela, –aclaró– si tenía alguna idea al respecto. Nunca ha oído hablar del llamado “jardín de la oca”, pero sí de la adivinación por medio de los números utilizada desde la antigüedad por los paganos, si bien desconoce su significado.

–Estamos por tanto igual que al principio.

La voz del franco expresaba decepción, y también malestar.

—Sin embargo, mi buen amigo Yucé Tob me ha recordado un par de cosas en las que yo no había caído —prosiguió el médico con tranquilidad—. Nuestros rabinos estudian la Cábala, una palabra que en hebreo significa “tradición” y que es la ciencia que busca los misterios de la creación en la Torá, los primeros cinco libros del Libro Sagrado. No tiene nada que ver con augurios y cosas por el estilo, pero los números se utilizan en la gema-tría, una rama del estudio, que considera el valor numérico de las palabras de un texto para descifrar una clave o un mensaje dictado por el propio Yahvé a los autores del Libro Sagrado.

—Aquí no aparece ningún texto, excepto una frase ridícula que no significa nada —arguyó el franco señalando al pergamino y leyendo—: «El “jardín de la oca”, la Verdad está en el Camino».

—Tened un poco de paciencia. Si los arcanos fueran fáciles de descifrar, no serían tales. El matemático griego Pitágoras dio un valor a cada letra del alfabeto, así, por ejemplo, el valor numérico de la palabra Roma sería veinte, o lo que es lo mismo dos más cero igual a dos.

—¿Y?

—Que sería preciso averiguar cuál es el significado del número dos —concluyó don Ezequiel con una sonrisa.

—Y volvemos a estar igual que al principio.

—No del todo. Alguien habrá que lo sepa, todo es cuestión de dar con él. Lo más importante del asunto es que, en efecto, la numerología se ha utilizado de formas muy diversas a lo largo de la historia y, sin duda, también la utilizan quienes dicen saber leer el futuro. Por otra parte, en vuestro “jardín de la oca” aparecen otros elementos muy interesantes. Si os fijáis bien, la forma de este... juego, llamémoslo así, es la de una espiral, la de un caracol. Ahora bien, en los ritos paganos, la espiral estaba ligada a la idea de la muerte y de la resurrección, y a la fertilidad,

que a su vez está relacionada con la creencia en la Diosa Madre, que, en el juego, podría estar representada por las figuras de las ocas.

–No entiendo a dónde queréis llegar.

–Yo tampoco entiendo demasiado todo este galimatías, creedme, pero es preciso ser paciente. Es necesario dar pequeños pasos para alcanzar la comprensión; han de encajarse las piezas si se desea llegar al total. ¿Sabíais que tanto la espiral como la pata de oca son signos de los maestros constructores y también de los monjes-soldado del Templo de Salomón?

Poco después, don Ezequiel se despedía de su paciente tras prometer que continuaría dándole vueltas al asunto y que regresaría a primera hora del día siguiente, antes de ocuparse de sus enfermos.

El hombre permaneció un rato absorto, con la mirada fija en el pergamino, tras la marcha del galeno. Desconocía el tiempo que había transcurrido encerrado en la celda, sin apenas comer ni beber, sin relacionarse con nadie, ni siquiera con los monjes benedictinos que lo habían acogido después de dejar Navarrete porque no deseaba vivir bajo el mismo techo de los freires hospitalarios, que habían sido incapaces de curar sus manos heridas a pesar de su fama de sanadores. Sus ungüentos no habían servido para nada. ¡Hatajo de farsantes! Se habían limitado a vendarlas, proporcionarle ropa y recomendarle resignación, además de advertirle de que debería proseguir su viaje cuando se sintiera algo mejor, puesto que no estaba enfermo, y ellos precisaban espacio para quienes sí lo estaban. No se sentía mejor, pero decidió marcharse de allí dos días más tarde al oír decir que se esperaba la visita del comendador templario de Navarra. No podía arriesgarse y, sin duda alguna, Bertrand de Garlande, el hijo de perra, lo reconocería en cuanto lo viera. Durante un momento sintió pavor. El comendador lo daba por muerto y seguro que no le

dedicaba ni un instante en sus pensamientos, pero estaría perdido si se encontraban frente a frente. Conocía su secreto, sabía que, aunque se hiciera llamar Robert de Reims, su verdadero nombre era Robert Lepetit, dominico y antiguo Gran Inquisidor de la región de Champagne, también conocido como el “Bugre” porque este era el nombre que se daba a los cátaros del norte de Francia, y él lo había sido durante unos años antes de arrepentirse y volver al seno de la Iglesia católica.

Utilizando ambas manos a modo de tenaza, dio vuelta al pergamino y leyó la declaración de un hereje cátaro a quien él había enviado a la hoguera once años atrás:

*El día de la Bestia ha llegado, la Bestia está aquí. Yo, Lotaire Moranis, Apóstol de la Iglesia de Dios, sé que mis días y los de mi grey están contados. El dos veces renegado y dos veces maldito ha dado rienda suelta a su odio. Pronto las llamas de las hogueras iluminarán el cielo de Francia y los puros perecerán por el fuego, pero sus almas se verán al fin libres de su envoltura carnal y subirán a la casa del Padre. No espero clemencia de la Bestia puesto que la Bestia no conoce la piedad, pero quiero aquí dejar testimonio de un hecho que presenciaron mis ojos y también de mi culpa por haber permitido la muerte de un hombre sabiéndolo inocente. El día primero del mes de febrero de este año, fui testigo de la muerte de Jean de Champagne, arcediano de la catedral de Reims, a manos del Inquisidor General de la Iglesia de Roma, Robert Lepetit, en las escaleras de piedra que llevan al lavadero junto al río. Fui asimismo testigo de la ejecución del zapatero Michel Fournier, hermano mío en la fe, acusado del crimen. El miedo pudo más en mí que la verdad y peno cada día y pido perdón por mi pecado. Firmo hoy este documento con la esperanza de que un día se haga justicia. En Ver-tus, día primero del mes de mayo de 1239 de la era de Cristo.*

Había memorizado todas y cada una de las palabras del testimonio que lo acusaba de la muerte de un hombre de la

Iglesia y, por ende, pariente de Teobaldo, conde de Champagne y rey de Navarra. Había matado para conseguirlo y debería haberlo destruido en cuanto llegó a sus manos, pero no quería desprenderse de la ilustración dibujada en el anverso, y menos ahora, que estaba en camino de descubrir su secreto. Sin embargo, era arriesgado conservar el documento y sin él, nadie, ni siquiera el comendador territorial de Navarra, podría incriminarlo en un asesinato. Una idea le vino de pronto a la cabeza; asió el pergamino entre sus dos manos y salió del cuarto. No le fue difícil encontrar el *scriptorium* del monasterio, justo al lado de la sala capitular, y entró en él con paso decidido. No era muy grande y únicamente había allí cuatro monjes sentados a sus respectivos pupitres.

—Copiamos las vidas de los santos de nuestra tierra —le explicó el hermano Bartolomé, el responsable del taller de escritura, un anciano, cuyos dedos y uñas estaban teñidos de negro—, en especial la de Santo Domingo, a quien llaman “de la calzada” porque construyó caminos y puentes para los peregrinos. Y también la de San Millán, de gran devoción entre sus paisanos, y la de su maestro, San Félix. Pero solo iluminamos las letras capitulares porque los colores, sobre todo el pan de oro y la plata, resultan onerosos y, todo hay que decirlo, porque ninguno de nosotros posee el arte necesario para realizar hermosas iluminaciones, a excepción del hermano Gaëtan, que lo aprendió en el propio monasterio de Cluny.

El monje aludido alzó su cabeza tonsurada y sonrió.

—Lejos de mi intención interrumpir vuestra tarea, hermanos, pero necesito vuestra ayuda.

En un aparte y en un susurro para crear una atmósfera más acorde para las confidencias, “el Bugre” explicó al viejo escriba que, en realidad, él era un legado de Roma encargado por el propio Pontífice de perseguir a unos herejes francos, miembros

de una secta satánica, quienes, según todos los indicios, habrían huido por el camino peregrino hacia Compostela confundidos con los devotos caminantes. Se hallaba en Dorreaga, en la encomienda templaria, cuando ocurrió el incendio y había perdido allí sus credenciales y documentos. Sin embargo, estaba dispuesto a proseguir sus pesquisas a pesar del lamentable estado de salud en el que se encontraba. Y, para subrayar las últimas palabras, extendió sus manos agarrotadas ante los ojos del monje.

—¿Y cómo podríamos serte útiles? —preguntó el copista visiblemente impresionado.

—Solo logré salvar este documento, pero se halla en malas condiciones y temo que acabe por romperse. El hermano Gaëtan podría hacer una copia. Si fuera preciso solicitar el permiso del padre abad, yo...

—No lo es —se apresuró a responder el monje—. El *scriptorium* y los trabajos que en él se realizan son cosa mía.

—Ni qué decir tiene, hermano, que cuantas menos personas estén al corriente...

—¡Por supuesto! No se trata de ir por ahí aireando asuntos que incumben al Santo Padre.

—Espero también me permitas estar presente durante la labor de copia. Disfruto de manera extraordinaria la atmósfera de un taller de escritura... Aquí se respira el conocimiento —añadió “el Bugre” con afectación.

—Eres bienvenido, y es un honor para nosotros colaborar en tu noble misión —respondió Bartolomé adulado.

Poco más tarde, Robert Lepetit seguía con atención los rápidos movimientos del copista con el cálamo. En ningún momento le permitió examinar el reverso del pergamino aduciendo que se trataba de un mensaje cuyo contenido debía permanecer secreto. El iluminador estaba encantado de dejar

por unas horas la para él tediosa labor de escriba y ejercitar, al fin, su pericia de artista. Lamentaba, no obstante, no poder aplicarla con total libertad y entretenerse en enriquecer los dibujos con azul lapislázuli, verde esmeralda, rojo sangre y oro. El “cliente” había pedido la mayor simplicidad posible en la ejecución, deseaba una copia en negro y ni siquiera le consintió rellenar con pan de oro las catorce palmípedas, algunas en vuelo, otras en reposo, tal como aparecían dibujadas en el original, y que aparentaban estar dotadas de vida. El trabajo había sido concluido antes de la hora de cenar. En atención al huésped, a su prestigioso cargo y a la responsabilidad de la tarea, el hermano Bartolomé había permitido a Gaëtan ausentarse de los rezos.

De vuelta a su celda, “el Bugre” se acercó a la cocina y, ante la mirada atónita del monje cocinero y la de su ayudante, lanzó el viejo pergamino al fuego. Lo vio deshacerse entre las llamas y no se movió hasta estar seguro de que la pesadilla había desaparecido de su vida. El testimonio del hereje no supondría un peligro nunca más; había ardido al igual que su autor.

Por fin era libre para proseguir la misión para la que, estaba convencido, había sido elegido, aunque ahora sabía que había errado. Había servido a Dios, como dominico y teólogo, al ser nombrado inquisidor; persiguió a los herejes que urdían tramas para derrotar a su Iglesia, la Iglesia de Roma; rastreó sus huellas hasta lo más profundo de sus madrigueras, los atrapó, juzgó y condenó. No se arrepentía de haber enviado a la hoguera a hombres y mujeres, a ancianos y niños; eran las manzanas podridas que había que extirpar para no corromper a las sanas. Él era el verdugo de Dios. Los herejes cátaros no tenían derecho a reposar en tierra consagrada ni a contemplar el Día de la Resurrección, y el viento esparció sus cenizas. No obstante, y a pesar de su celo, la Iglesia de Roma, con su obispo a

la cabeza, lo excomulgó, lo expulsó de su seno como a un apesado, y Dios no vino en su ayuda. Había peregrinado a través de toda Francia hasta llegar a Navarra emulando a Cristo, quien recorrió el camino desde Galilea a Jerusalén; había vivido de la mendicidad, rodeado de doce discípulos, predicado y combatido a los agotes, paganos, leprosos de alma, que adoraban a una diosa, y él, su Dios, no acudió en su ayuda y azuzó en su contra a sus perros, los monjes-soldado, los malditos templarios, al igual que permitió que los romanos apresaran a su Hijo. A cambio de sus desvelos, lo había mancado de ambas manos, pero no había logrado acabar con él. Tal vez esa era la señal que buscaba desde hacía tantos años.

—Tú eres el Adversario —musitó con los ojos puestos en el cielo completamente despejado que veía a través del ventanuco de la celda—, pero yo encontraré el medio de vencerte.

## *La búsqueda*

**D**urante los siguientes meses, los dos hombres se afanaron en buscar respuestas al enigma que les ocupaba. “El Bugre” abandonó el monasterio y fue a vivir a casa del médico, para escándalo de los judíos que no entendían su presencia en la judería, hasta tal punto que el bedin de la aljama en persona acudió a la calle de La Estrella para hablar con don Ezequiel y hacerle patente el malestar que su actitud provocaba entre sus vecinos.

–Es mi paciente –respondió el médico.

–Pero eso no te obliga a cobijarlo.

–Es mi deseo hacerlo.

–Es un cristiano.

–¿Y qué? Curo a cristianos todos los días, y tú comercias con ellos.

–Pero no los hospedo, ni ofendo a mis vecinos con su presencia.

–Que cada cual se meta en sus asuntos y deje en paz los de los demás.

El bedin se marchó jurando que la cosa no quedaría así y que apelaría al Consejo para obligarlo a echar de la aljama al gentil, y el médico dudó por primera vez desde que, varias semanas antes, había acogido en su casa al hombre que tanto le intrigaba; quizás su decisión había sido demasiado precipitada. Su invitado era una persona inquietante y, en más de una ocasión, se había llevado un susto al verlo aparecer de pronto en la cocina o en su sala de estudio. Sin embargo, no tenía queja. Limpiaba su habitación y permanecía encerrado en ella cuando él

se ausentaba, de manera que ni siquiera la mujer que se ocupaba de la casa y les preparaba la comida había tenido oportunidad de toparse con él. Además, era parco en el comer y solo bebía agua, pero las horas que ambos pasaban juntos intentando descifrar el significado del “jardín de la oca”, estudiando todas las posibilidades, consultando libros y mapas y hablando de teología, compensaban con creces la animosidad de sus vecinos. De todos ellos, solo uno compartía su secreto.

Yucé Tob acudía a su casa siempre que podía, y siempre de noche para evitar las habladurías. El antiguo maestro se aburría desde que, por la edad, había sido sustituido por uno más joven, y aquellos encuentros a escondidas lo rejuvenecían, además de despertar su curiosidad. Él, como su amigo, disfrutaba adentrándose en materias de cualquier naturaleza, incluso en una tan poco ortodoxa como la de las supersticiones sin fundamento alguno. En dichas ocasiones los tres hombres permanecían hasta altas horas de la madrugada con los postigos de las ventanas cerrados a cal y canto, al igual que conspiradores, enfrascados en discusiones y elucubrando hipótesis de todo género, desde las más simples hasta las más fantasiosas.

Robert Lepetit, por su parte, despreciaba a los judíos, pero no consideraba tales a los dos eruditos. Había transcurrido mucho tiempo desde sus años de estudiante en el *Studium* de Nôtre Dame de París, cuando todo el mundo le auguraba el más brillante de los futuros, y él estaba convencido de que así sería; demasiado tiempo, también, desde la última vez que había mantenido una conversación acorde con su inteligencia y preparación. Aquellos dos viejos no parecían judíos, no al menos del tipo de judíos que él tenía en mente e, incluso, les había tomado cierto aprecio. La rigurosidad de su anfitrión, su paciencia para comprobar, clasificar y calificar cada hallazgo contrastaba con la imaginativa improvisación, no exenta de

lógica, del maestro, y ambos se complementaban a la perfección. Había solicitado al médico que lo acogiera en su casa porque le necesitaba para desentrañar el secreto, si es que lo había, de un juego aparentemente pueril, y por otra razón aun más importante: era arriesgado permanecer durante demasiado tiempo en el monasterio benedictino. Antes o después alguien podría reconocerlo y ¿qué mejor escondrijo que un barrio judío, separado del cristiano por una muralla? A nadie se le ocurriría buscarlo en semejante lugar, además, no tenía dinero para establecerse en otro.

Le fascinaba el asunto que se traían entre manos, tan lejano del razonamiento teológico y asimismo tan próximo, puesto que ambos buscaban la Verdad aunque por caminos muy dispares e, incluso, antagónicos. Le resultaba arduo el tema de los números ya que nunca se había interesado por las matemáticas y no acababa de entender el silogismo pitagórico y, aun menos, cómo podía interpretarse el mensaje del Antiguo Testamento por medio de ellos, pero algo iba sacando en claro de aquella complejidad. Yucé Tob había conseguido una tabla en la que aparecían el valor y significado de los números, según la cual el más perfecto y sagrado era el diez, la *Tetraktys* de Pitágoras, porque era la suma de los cuatro primeros números enteros y porque uno más cero era uno: la Creación, el origen y el fin de todas las cosas. Y su asombro no tuvo límites cuando los dos judíos averiguaron que el nombre griego de Jesús era el 2368, cifra que, sumando sus números, daba diecinueve, es decir nueve más uno, o lo que era igual diez y, de nuevo, uno. No podía tratarse de simple casualidad, aunque quizás...

—¿Y el seiscientos sesenta y seis?

Preguntó de pronto dejando estupefactos a los dos hombres. No esperó su respuesta y continuó:

–“El que tiene entendimiento, cuente el número de la bestia, pues es número de hombre. Y su número es seiscientos sesenta y seis”.

No era la primera vez que citaba el *Libro de la Revelación* de San Juan. Lo había hecho en numerosas ocasiones, durante su cruzada contra los cátaros en el norte de Francia, y, asimismo, durante el recorrido por el camino peregrino hasta Navarra, cuando predicaba y lograba mediante sus prédicas que los fieles los alojaran y alimentaran, a él y a sus doce pordioseros, además de llenar su bolsa.

–El seis es el número de Dios, pues es el valor de la letra “vav”, el nexa entre el futuro y el pasado –rebatí el maestro–. Fueron seis los días de la Creación, seis son las letras en hebreo con las que comienzan las Sagradas Escrituras, seis los milenios desde la Creación, seis las direcciones del mundo: arriba, abajo, norte, sur, este y oeste, seis las alas de los serafines, seis las puntas del *maguén*, la estrella de David, y seis los codos de las Tablas de la Ley.

–Es el número de Satanás, sin lugar a dudas –ratificó “el Bugre”.

–Disculparéis si no estoy de acuerdo con vos –insistió Yucé Tob.

Le dirigió una mirada de ira, pero no respondió; no podía esperarse otra cosa de un hebreo.

–Hubo un tiempo en que me interesó el Libro de los cristianos –prosiguió el maestro refiriéndose al Nuevo Testamento y haciendo caso omiso a la mirada del huésped de su amigo–. Lo leí con mucha atención y, por cierto, encontré muchas citas y referencias a nuestra Torá, algo comprensible dado que vuestro Mesías y sus seguidores también eran judíos.

–¿Tratáis acaso de ofenderme?

–Lejos de mí tal propósito. Quería únicamente señalaros que, por supuesto, también leí el *Libro de la Revelación*, pero lo leí en su idioma original, el griego, y encontré en la cita que acabáis de enunciar algo que, entonces, llamó mi atención. Lo había olvidado, pero vos me lo habéis recordado.

–¿Adónde queréis ir a parar?

El antiguo inquisidor, que no habría vacilado en enviar a la hoguera a un judío sacrílego, sintió curiosidad.

–La palabra “bestia”, en griego no significa cruel o feroz, como en latín, sino sobrenatural, magnífico o extraordinario.

–¿Vais a decirme ahora que los Santos Padres que tradujeron la obra la falsearon? ¿O que San Juan llamó ser “extraordinario” a Satanás?

–Una traducción es solo una traducción, y una misma palabra puede significar algo diferente en dos lenguas distintas. Quizás el autor no se estaba refiriendo a *ha-shatán*, el espía errante de Dios en la Tierra según nuestras creencias.

–¿A quien si no iba a referirse?

–No lo sé, pero no recuerdo que lo equiparara al demonio. Y otra cosa: el número de la bestia en la versión griega que yo leí no era seiscientos sesenta y seis, sino seiscientos dieciséis, cuya suma resultaría trece, y uno más tres igual a cuatro.

–¿Y?

–El número más sagrado de la Cábala es el veintiséis, el nombre de Yahvé. Ahora bien, dos más seis son ocho, y ocho es el doble de cuatro, que es el número más significativo en la teoría de Pitágoras, después del diez. ¿No os resulta extraño?

–Casualidades.

–Cuatro son los principios elementales que conforman el Universo: fuego, tierra, aire y agua; los puntos cardinales, las fases de la Luna, los pilares de la Tierra. Y cuatro son los Evangelios cristianos –concluyó el maestro, ufano de su agudeza.

Robert Lepetit permaneció pensativo.

—¿No poseeréis un ejemplar del Nuevo Testamento por un casual? —preguntó finalmente, dirigiéndose a don Ezequiel.

Este sonrió negando con la cabeza al tiempo que señalaba con un gesto de la mano la media docena de volúmenes y algunos rollos que se apilaban cuidadosamente sobre un arcón adosado a la pared.

—Acaso... —El maestro vaciló y calló.

—¿Tenéis vos uno? —le urgió Robert.

—No, pero conozco a alguien que podría conseguíroslo, aunque... me temo que...

—¿Qué? ¡Hablad ya!

Tenía que hacerse con un ejemplar, tenía que volver a leer el *Libro de la Revelación*. Solo se acordaba de algunas citas, las que siempre utilizaba para amedrentar a sus oyentes durante sus prédicas, pero recordaba que en el texto aparecían números, cifras, señales para quien supiera interpretarlas.

—Mi buen amigo teme que el precio a pagar sea desmesurado —intervino don Ezequiel—. ¿No es así, Yucé? No se trata de dineros, sino de riesgos. Es un tema peliagudo para un judío hacerse con un texto religioso cristiano. Podrían acusarle de utilizarlo para hacer magia o para ultrajar vuestra fe...

—Ese hombre... el que os proporcionaría el libro...

—El hermano Bartolomé, de Santa María. A veces me presta alguno, pero siempre son vidas de santos cristianos.

—¿Tú lees esos libros? —le interrogó el médico sorprendido.

—Leo todo lo que puedo conseguir y, desgraciadamente, aquí, no hay mucho donde elegir —se disculpó el hombre antes de dirigirse al franco—. Podría decirle que es para un cristiano enfermo...

—No le deis más vueltas. Conozco al monje y yo mismo se lo pediré.

Al día siguiente, sin poder contener su impaciencia, Robert Lepetit se presentó en el monasterio y se dirigió al *scriptorium*, donde encontró al viejo escriba solo y atareado en la copia de un salmo en un pergamino de un brazo de ancho por uno y medio de alto, de forma que todos los monjes pudieran leerlo a cierta distancia.

—¡Hermano Robert! —exclamó al verlo, al tiempo que se levantaba del pupitre y se limpiaba las manos en el hábito—. ¡Creía que te habías marchado de Nájera hace meses!

—Y así fue —respondió con aplomo—, pero he decidido detenerme unas jornadas en esta hermosa villa de regreso a Roma. No he de olvidar las buenas atenciones que recibí en este monasterio.

—Y... ¿lograste pillar a los herejes?

—En efecto. Se hallan a buen recaudo en la cárcel episcopal de Burgos, a la espera de juicio.

—Me alegra saberlo. No es buena cosa que los lobos se mezclen con las ovejas. ¿Te hospedas entre nosotros?

—No he querido importunaros y he aceptado la amable hospitalidad de un mercader en paños a quien conocí en la ciudad burgalesa. No obstante, quería pedirte un favor, otro...

—Tú dirás.

—He de viajar ligero de equipaje debido a mi cometido y no deseo arriesgarme a llevar libros conmigo. Podrían perderse o ser sustraídos por maleantes desaprensivos. Va ya para un año que me ha sido imposible meditar la Palabra de Dios, alimento espiritual necesario para mantener la fortaleza ante el Mal, y me preguntaba —su voz adoptó un tono más persuasivo— si no dispondrías de un texto del *Novum Testamentum* o uno del bienaventurado Juan, el discípulo amado de Nuestro Señor, que pudieras prestarme durante unos días.

Bartolomé frunció el ceño, intentando pensar, y paseó su mirada por los anaqueles repletos de códices, carpetas, cartularios,

rollos y hojas sueltas, que cubrían dos de los muros del escritorio.

—No sé... ¡Ah, sí!

Se dirigió hacia uno de ellos, revolvió durante un rato y volvió con un cuadernillo, cuyas hojas dobladas habían sido cosidas con cáñamo de forma un tanto tosca y que ni siquiera estaba encuadernado.

—Fue una prueba que hice yo mismo con papel que trajo un hermano desde Valencia, pero, aunque es más liviano, prefiero el pergamino fino —explicó mientras sacudía el cuadernillo para quitarle el polvo—. El cálamo se desliza mejor y, además, puede teñirse. Ya ves que no ha sido iluminado, aunque la caligrafía no desmerece de la del código más exquisito —añadió sin falsa modestia.

—¿Se trata del Nuevo Testamento? No parece muy grueso...

—Es el *Libro de la Revelación*, del apóstol San Juan, llamado asimismo *Apocalipsis*. No ignoras que, aun cuando está aceptado como texto canónico, no suele incluirse en un mismo volumen con los cuatro Evangelios para evitar que caiga en manos de quienes no sabrían interpretar su contenido.

A Robert Lepetit se le había secado la boca de golpe, allí, a dos pasos, tenía el objeto de su deseo. Quería coger el cuaderno y salir de allí a toda prisa, pero escuchó con actitud cortés las explicaciones del monje.

—Es comprensible —prosiguió este— que, con la bendición del difunto papa Gregorio, Dios lo tenga en su Gloria, los santos padres en el Concilio de Toulouse prohibieran a los laicos poseer copias del Antiguo y del Nuevo Testamento. La Revelación no debe estar al alcance del pueblo; podría hacer mal uso del conocimiento.

—Ciertamente hermano, ciertamente...

¿Por qué no callaba de una maldita vez y le entregaba el libro? No tenía tiempo para perder con un simple copista.

Conocía de sobra las disposiciones del Concilio, en especial aquella que ordenaba buscar cuidadosamente a los herejes en sus escondites, ya fueran chozas o bosques, o aun en escondites subterráneos, y eliminarlos. La había obedecido; había hostigado a los herejes y los había eliminado para ser él mismo perseguido y condenado por obedecer.

—Aunque, pensándolo bien, acaso prefieras leer la vida ejemplar de nuestro San Millán...

—El texto del apóstol servirá para mi meditación.

—Ven a ver esta hermosura...

El monje depositó el cuadernillo sobre el pupitre más cercano y se aproximó al siguiente en el que reposaba una página bellamente iluminada en rojo, azul y oro, cuya figura principal era la del apóstol Santiago.

—Es el *Codex Sancti Iacobi*, escrito hace unos cien años por un monje francés que recorrió el camino peregrino y dejó constancia de su viaje. Aparecen mencionadas varias localidades de nuestro entorno, y el abad desea ofrecérselo al obispo. Gaëtan, por fin, puede desplegar sus habilidades artísticas.

—¿Me equivoco o la magnífica caligrafía que aprecio es obra tuya, hermano Bartolomé?

“El Bugre”, que había cogido el cuadernillo del pupitre y lo mantenía asido contra su pecho, observó divertido el efecto de su halago; el viejo monje se había hinchado como una gallina a punto de poner un huevo.

—En cuanto a la obra de San Juan...

—Puedes disponer de ella el tiempo que precises.

—Unos días tan solo. Te la devolveré antes de mi partida.

—Te ruego que la ocultes bajo la capa. Nuestro abad no permite que los libros salgan del monasterio, y menos cuando se trata de textos, digamos, polémicos como lo es este.

Hizo lo que le pedía y se despidió con una profunda inclinación de cabeza. Quería salir corriendo de allí, pero adoptó un paso tranquilo, acorde con el santo lugar e, incluso, entró en la iglesia y se detuvo para examinar las tumbas de reyes e infantes de Navarra que yacían hasta el día de la resurrección de los muertos en sus sarcófagos de piedra labrada. No se molestó en visitar la cueva que albergaba una imagen de la Virgen, encontrada dos siglos atrás junto a una campana, una lámpara y un ramo de azucenas frescas, decían, por el rey navarro García, llamado “el de Nájera”, fundador del cenobio. El hecho había sido tenido por milagroso, pero él no creía en milagros; al menos no de ese tipo. Seguramente se trataba de una estratagema del rey para alentar la devoción de los vasallos hacia su persona, como ya se había hecho en otras ocasiones, o bien la cueva sería en otros tiempos refugio de algún eremita visionario. No deseaba ver una figura que, a buen seguro, le recordaría a otra tallada por un leproso de alma, un agote despreciable, a quien Dios, o el Diablo, había concedido el don supremo de transformar un pedazo de madera en una obra de sublime belleza, tan carnal que parecía viva, y que él se había encargado de destruir. La había visto arder a través de la ventana de la capilla de los freires. Quería olvidar un recuerdo que perturbaba su espíritu, pero no podía, como tampoco podía deshacerse de la visión de los hombres y mujeres envueltos en llamas que él había enviado al infierno, al igual que la blasfema representación de la madre de Cristo.

Salió del monasterio con el manuscrito bien sujeto bajo la capa de color negro proporcionada por los hospitalarios que le cubría el cuerpo hasta los pies. No veía el momento de hallarse a solas para leerlo y releerlo hasta encontrar la clave que, estaba convencido, le permitiría descubrir su futuro y, sobre todo, la misión para la que había nacido. Con un ademán, se cubrió la

cabeza con el capuz de la capa y avanzó sin prestar atención a los viandantes, algunos de los cuales se santiguaron al verlo, convencidos de estar en presencia de un servidor de la propia Muerte, si no la Muerte en persona. Suscitó parecida conmoción entre los judíos que se cruzaron en su camino al enfilear por la calle de la Estrella, en la judería, pero no se percató de ello, tan absorto estaba en sus pensamientos. Por su parte, la fámula de don Ezequiel percibió el vuelo de la capa y salió a la calle repitiendo sin cesar: “*Baruch Hashem Adonai!*”, “¡Bendito sea el Nombre del Señor!”, y jurando para sus adentros que no volvería a entrar en la casa mientras aquel cristiano de mal agüero no se hubiera marchado.

Todavía no habían sonado las campanas del mediodía, y don Ezequiel se hallaba ausente. El cuarto que ocupaba no era grande, suficiente para albergar una cama, un arcón, una pequeña mesa de trabajo y un taburete. Se despojó de la capa y la tiró sobre el lecho, se sentó y, a continuación, abriendo el cuadernillo por la primera página, comenzó a leer: “*Revelación de Jesucristo, que Dios, para manifestar a sus siervos las cosas que pronto deben suceder, anunció y explicó por medio de su ángel a su siervo Juan*”.

Aquel día y los siguientes no salió de la habitación sino para hacer sus necesidades y para comer con frugalidad algunas frutas y verduras en completo silencio. El médico respetaba su mutismo, pero no le perdía ojo, intrigado por su nueva actitud, muy parecida a la manifestada en su primer encuentro, aunque exenta de la agresividad de aquella. El hombre parecía transformado, como si estuviera atravesando una experiencia mística; daba la impresión de haber perdido todo interés por indagar acerca del documento que había suscitado su relación. De hecho, recapacitó, tampoco había dado ninguna explicación respecto al cambio de este, y él no le había preguntado dónde se

hallaba el original, el que había visto en la celda. Por si acaso, Yúcé y él habían hecho una copia, mala, la Naturaleza nos les había dotado del don del dibujo, pero en la que aparecían todas las casillas con su numeración y descripción de las imágenes. Aun sin la presencia del incómodo huésped, ambos continuaban reuniéndose al anochecer. El “jardín de la oca” se había convertido para ellos en un pasatiempo, una adivinanza con la que entretener sus veladas. A veces, se limitaban a jugar así: tiraban las tabas y movían sus fichas, dos peones del ajedrez. Improvisaban por pura lógica las reglas del juego a medida que caían en las casillas: el puente, la posada, los dados, el laberinto, el pozo, la cárcel, la Muerte... y las ocas. Eran sesenta y cuatro, incluida la última, la más grande, el centro del “jardín”, y sus números sumaban diez. Otras veces, permanecían ensimismados en la contemplación de la lámina, intentando arrancarle su misterio, sumando números, planteando hipótesis que inmediatamente desechaban por inverosímiles.

–El secreto está en las ocas –comentó una noche don Ezequiel.

–¿No habíamos quedado en que estaba en los números? –le respondió su amigo.

–En los números y en las ocas. Dime, tú que tanto has leído, por qué alguien iba a molestarse en dibujar unas ocas con una alternancia de cinco y cuatro casillas.

–Porque el juego lleva su nombre...

–Pero ¿por qué ocas y no perros, o ciervos, o caballos...? Los ansarones no aparecen en el calendario astrológico y no recuerdo que tampoco lo hagan en ningún libro religioso, ni judío ni cristiano. Son animales gritones que dejan sus excrementos al andar y su destino es acabar en la mesa de los ricos.

–Tengo entendido que algunos paganos los consideraban aves sagradas porque andan, nadan y vuelan, es decir dominan

tres de los cuatro elementos de la naturaleza: la tierra, el agua y el aire. Y eran, además, tenidos por aves protectoras porque, con sus graznidos, avisan de los peligros –afirmó Yucé, añadiendo un tanto vacilante–: ¿Crees que estamos obrando correctamente al tratar de averiguar el significado de una creencia, adivinación o lo que sea, pagana?

–Tal vez me equivoqué al decir que este... dibujo podría ser un tablero de adivinación...

–¿Por qué?

El médico no contestó y permaneció durante un rato con los ojos puestos en el dibujo.

–Hemos tirado las tabas –dijo al fin–, hecho el recorrido varias veces, calculado el valor de los números y lo hemos cotejado con la tabla pitagórica, ¿y qué?

–¿Qué?

–Que no ha surgido nada llamativo. Las interpretaciones pueden ser de todo tipo, según nos interese.

–Quizás si hiciéramos al revés, si a los números les damos el valor de una letra, encontremos un mensaje secreto que...

–¿Y por qué tendría que haber un mensaje? –lo interrumpió don Ezequiel–. ¿El mismo mensaje repetido en todos los “jardines de la oca”? Creo que deberíamos de seguir otra pista... ¿Y si se trata de un plano o algo por el estilo?

–¿El plano de un tesoro? –preguntó Yucé con la mirada expectante de un muchachuelo ante una aventura.

–Lo ignoro, pero ¿no te llaman la atención nombres como montes de Oca, Nanclares de Oca, y otros muchos parecidos? El propio nombre del río que atraviesa estas tierras, el Oja, podría ser Oca...

–Una de mis hermanas y su familia viven en Briviesca, en Burgos, que está a la vera de un río Oca, y próxima al valle de Oca y a una población llamada Villafranca de Oca.

–¿Demasiados ánsares para no significar nada! Es un plano, estoy convencido, y todos los planos llevan a alguna parte.

–Aunque sea lo que tú dices, tendríamos que saber quién lo dibujó y por qué...

–Hace muchos años, cuando lo vi por primera vez, oí decir que lo habían traído los templarios de oriente.

–¿Los templarios? –Había tanta extrañeza como incredulidad en el tono del maestro.

–No lo sé; repito lo que oí a uno de los nuestros que hacía la ruta hacia León y se detuvo en nuestra casa un par de noches. Tenía uno y se lo mostró a mi padre. Al preguntarle yo sobre su significado me respondió que se trataba de un juego estúpido que le había regalado un freire, pero lo guardó inmediatamente, y no había vuelto a ver otro igual hasta ahora.

Durante un buen rato ambos hombres se mantuvieron callados, intentando pensar. Se decían muchas cosas sobre los Pobres Caballeros del Templo de Salomón, los freires soldado, que de pobres solo tenían el nombre pues era conocida su inmensa fortuna en tierras y posesiones, además de en dinero amonedado que prestaban a nobles y a clérigos. Eran también grandes banqueros, como los genoveses y los florentinos, y los acaudalados viajaban con el dinero justo pues llevaban encima pagarés, cuyas cantidades les eran entregadas en las encomiendas, granjas y fortalezas de la Orden. Así evitaban ser completamente desvalijados por los salteadores durante los trayectos. Y, por supuesto, lo mismo se aplicaba a los peregrinos ricos que acudían a Compostela. Su popularidad era extraordinaria, pero tenían enemigos poderosos que hicieron correr todo tipo de leyendas sobre ellos con ánimo de desprestigiarlos. Se hablaba de enormes tesoros ocultos en cuevas secretas, de ceremonias misteriosas, rituales blasfemos y pactos con el diablo. Nada de esto extrañaba a los dos amigos, conocedores de las

mismas acusaciones dirigidas a los hijos de Israel y que, por la misma razón, dudaban de que hubiera algo de cierto en ellas.

En cuanto al asunto que los ocupaba, siempre había judíos en las rutas comerciales entre Oriente y Occidente, así como por toda Europa. No solo transportaban mercancías solicitadas por clientes ávidos de hacerse con tejidos de seda, especias, incienso u objetos de orfebrería; también los había mensajeros y espías de los reyes, incluso del Papa de Roma y de los príncipes de la Iglesia. No estaban seguros del todo, pero sospechaban que, asimismo, se encargaban de algunas transacciones monetarias de los templarios y no resultaría extraño que algunos trabajaran para ellos; no en vano siempre existía una judería cerca de cada encomienda templaria. Era mucho más fácil para un simple mercader judío pasar desapercibido que para un caballero de la poderosa Orden, vestido de soldado, con su capa blanca y la cruz roja sobre el hombro.

—Quizás... aquel comerciante le estaba mostrando a mi padre un plano, o un mapa del lugar adonde debía acudir para entregar lo que fuera que llevara... Sería necesario hacerse con una lista de las encomiendas más destacadas en los reinos de España y cotejarla con el “jardín”. Cada oca podría representar una de ellas...

—¡Eso es prácticamente imposible! ¿Dónde vamos a conseguir semejante información? —exclamó Yucé—. Además, puedo asegurarte que son más de trece solo en el reino de Aragón.

—El viajero recorría el Camino desde el norte de Francia hasta Galicia; de eso me acuerdo porque se alojaba en nuestra casa al pasar por Nájera y nos relataba costumbres e historias de aquel reino.

—Pues tampoco es posible hacer una lista de las encomiendas francesas porque han de ser todavía mucho más numerosas que las aragonesas —replicó pragmático el maestro—. A fin de

cuentas la orden nació en Francia, y sus principales comendadores y administradores también son franceses.

—¿Y si nos limitamos al Camino que conocemos? ¿Al que atraviesa el reino de Navarra?

—¿A partir de dónde? Porque Navarra ocupa las dos vertientes de los Pirineos.

—De Valcarlos. Ciñámonos a la Península... —añadió don Ezequiel—. Y, por si acaso, también deberíamos hacer otra relación con las que se encuentran en el Camino de Aragón, a partir de Somport.

Una noche, días después de esta conversación, Robert Lepetit apareció en el cuarto de trabajo, justo en el momento en que Yucé mostraba a su amigo la información que había conseguido por medio de un tal Abraham, un comerciante de especias que hacía la ruta todos los años. Según su costumbre, “el Bugre” llegó sin hacer ruido, como una sombra más de la noche, y permaneció durante un buen rato observando a los dos hombres que, inclinados sobre un mapa, comprobaban los lugares señalizados en la lista. Los escuchó hablar durante un buen rato, los ojos entornados, la memoria pronta. Aquellos dos viejos daban palos de ciego, pero quizás no andaban del todo errados. Se retiró tan sigilosamente como había llegado y, ya en su habitación, se centró en el estudio del texto juanista que se había abierto ante él, al igual que el mar Rojo ante Moisés.

Al día siguiente, después de que su anfitrión hubo salido de la casa para dirigirse a visitar a los enfermos, entró en su dormitorio en busca de una bolsa de viaje en la que, junto al *Libro de la Revelación*, introdujo varias camisas, unas calzas y un sayo negro de terciopelo que don Ezequiel utilizaba en las grandes ocasiones. Le estaba un poco estrecho y corto de mangas, pero era una prenda bien confeccionada y con tela de sobra para poder ser ensanchada. Asimismo, registró la vivienda.

El médico era un hombre austero, y no encontró nada de valor, aparte de una jarrita, un plato y una *menorá*, un candelabro de siete brazos, de plata las tres piezas, además de algunas monedas dentro de una caja de madera tallada con caracteres hebreos que se hallaba encima de la mesa del escritorio. Estaba enrollando su copia del “jardín de la oca” cuando, de súbito, apareció Yucé Tob con unos papeles en la mano. El hombre lo miró, miró la bolsa abierta de la cual emergía uno de los brazos de la *menorá* y no le costó averiguar lo que estaba haciendo.

—¡Estáis robando! —exclamó atónito e indignado.

Se aproximó a él con intención de detenerlo. No pudo decir más; recibió un golpe en la sien con un pedazo de mármol, cuadrado y pulido, que hacía las veces de pisapapeles. Rápidamente, “el Bugre” metió en la bolsa la copia del “jardín”, la lista con los nombres de las encomiendas templarias del Camino y el mapa que la víspera habían estado consultando los dos judíos, y que todavía se hallaba desplegado encima de la mesa. Instantes después se encaminaba hacia el barrio de la Herrería, adquiría una mula en una caballeriza, cruzaba el puente y tomaba el camino de Santo Domingo.

Al regresar a su vivienda, a eso del mediodía, don Ezequiel halló a su viejo amigo tendido en el suelo, sin pulso, los ojos abiertos todavía sorprendidos. Una simple ojeada a su alrededor le permitió descubrir el robo de las monedas, de los objetos de plata, y también de los documentos. Con el corazón en un puño, subió a la habitación de su huésped y la encontró vacía. Tampoco tardó en descubrir el arcón de las ropas abierto y la falta de sus mejores camisas y del sayo. Regresó al escritorio, se arrodilló junto al cadáver y pidió perdón a Dios por haber sido él la causa involuntaria de la muerte violenta de un hombre bueno. Después, fue a avisar al bedin. Los máximos

dirigentes de la aljama decidieron no dar cuenta del hecho a las autoridades cristianas ya que uno de los suyos podría salir mal parado de la investigación por haber cobijado en su casa a un criminal. Oficialmente, se declaró que el maestro había fallecido debido a un mal golpe provocado por una caída, pero se notificó al médico que tendría que responder ante el Consejo.

Toda la comunidad judía en pleno, así como muchos cristianos y algunos musulmanes acudieron al funeral por el alma de Yucé Tob. Había sido un hombre querido por su jovialidad, sencillez y buen carácter, y a nadie extrañó que una de las personas más conmovidas por su pérdida fuera el hermano Bartolomé. A menudo se les había visto sentados a la puerta del monasterio, enfrascados en largas conversaciones que siempre versaban sobre un mismo tema: los libros y la sabiduría en ellos contenida.

Don Ezequiel Falaquera, por su parte, no volvió a abrir la boca tras alertar sobre el suceso; cubrió de ceniza su cabello, desgarró su túnica en señal de duelo, rezó el *qaddish* en silencio y, al día siguiente, acompañó a su amigo al cementerio judío. Aquella misma noche, vestido como de costumbre y con la bolsa del instrumental y de las medicinas colgada del hombro, atravesó la puerta de la judería. Nadie receló al verlo salir pues a menudo acudía a atender a algún enfermo a horas intempestivas. Tranquilo, con andar pausado, cruzó el barrio cristiano, atravesó el puente y se alejó de la villa, perdiéndose en la oscuridad.